

de Jacob, y los Iduméos eran hijos y descendientes de Esaú, hermano de Jacob; eran parientes suyos. Pues pelear contra sus parientes dióles vergüenza á los Iduméos, ¿y qué hacen? Múdanse el trage, y quieren mas bien llamarse Amonitas, porque no les quede la infamia de que se diga en el mundo que unos parientes hacen guerra como enemigos á otros parientes. ¡Oh, qué de alma tienen las palabras de San Gerónimo: *Ob reverentiam paterni nominis nolebant in pristino habitu arma movere contra Israël, sed transfigurabant se in habitum Ammonitarum.* (S. Hieron, *in qq. Habr. in Par.*) De modo, que unos bárbaros tienen por infamia declararse contra sus parientes por enemigos, ¿y entre católicos se ha de tener por honra fundar la enemistad mas cruda en el mas estrecho parentesco?

Y si así pasá entre los que son de una sangre, ¿que sucede entre los que son de un ejercicio y de un oficio? Ya lo responde la vulgaridad: *¿Quién es tu enemigo?—El de tu oficio.* Y de estos, ¡oh, cuántos hay! hay enemigos en los Palacios, en los Tribunales, en las Escuelas; hay enemigos en las tiendas de oficiales y de mercaderes; hay enemigos en las casas, y hay enemigos hasta en los claustros; hay enemigos en las visitas, y hay enemigos en los estrados. ¡Oh, cuántos enemigos! ¡Oh, que nunca vemos que se desafien! es verdad; pero se deshonoran. No sacan las espadas: así es; pero juegan las lenguas. No andan cargados de carabinas: es así; pero traen atacadas de veneno las intenciones. No se derrama la sangre: es verdad; pero hacen que corra sangre la reputacion y el crédito. No se quitan las vidas: así es; pero se condenan las almas. ¡Oh! que se hablan, se visitan y

se saludan: sí; ¿pero con qué políticas, con qué máquinas, con qué trazas? Nunca se han hecho agravios: es verdad; mas con todo eso son enemigos. ¿Pues por qué son estas tan perversas enemistades? ¡Ahí está el punto; aguarden.

¿Qué agravio le hizo aquella santa muger Ana, á la otra llamada Fenena, para que esta continuamente la royera con murmuraciones, y aun la atormentara con oprobios? (1. Reg. 1.) No fué mas el agravio, sino que era Ana de mejores prendas que Fenena; y que por eso, aunque infecunda, mas querida de Elcana su marido. De modo, Señora, que porque la otra se os aventaje en la hermosura, en la discrecion, en las prendas, sin haberos hecho mal alguno, la habeis de tener tan por enemiga, que ha de ser todo el blanco de los apodos, de la murmuracion y de la risa? ¿y qué solo un pelo que le noteis, ha de ser por vuestras bocas el platillo de los estrados? Dura cosa por cierto. ¿Qué ofensa le hizo David á Saúl para que con tanto rencor tirara por tantas veces á quitarle la vida? Toda la ofensa fué, despues de darle la salud, asegurarle el Reino, y conseguir insignes victorias, que allá le llevó David no sé qué aplausos de las damas de Jerusalem, y que acá el mismo Dios le dió el Decreto para suceder á Saúl en el Reino. De modo, caballero pretendiente, que porque el otro haciendo como vos su diligencia, por su maña, por su brazo, ó sea por su mano, logró la gracia, ganó el Decreto, alcanzó el oficio, sin haberos hecho otra ofensa, lo habeis de coger por tan enemigo, que al punto hemos de saber todos por vuestra boca, quiénes fueron sus abuelos, cuáles sus procederes, y de dónde fueron sus principios? ¡Terrible caso! ¿Qué agravios les hizo allá Jacob á los hijos de Labain, para

que ellos tan á boca llena dijeran que era un ladron al verlo rico? *Tulit Jacob omnia, quae fuerant Patris nostri.* (Genes. 13.) El agravio que les hizo fué servile á su padre catorce años, como un esclavo; hacer con él pactos muy lícitos; premiarle Dios su trabajo y aumentarle su hacienda. De modo, mercader, oficial, tratante, que porque al otro le envia Dios la suerte á sus puertas; porque ves que gana, porque ves que sube, porque ves que se aumenta, sin hacerte á tí mal alguno, ¿lo has de tener tan por enemigo, que no sosiegues por armarle la zancadilla, y por arruinarle en el crédito? ¡Grave desdicha! Y por abreviar, ¿qué agravio hizo Abél á Caín? ¿Joseph á sus hermanos? ¿Y por qué ni aun el Cielo se escapó de esta peste? ¡Qué agravio le hizo el Verbo de Dios encarnado á Lucifer tan amotinado y rebelde? ¡Oh, qué de enemistades sin agravios! ¡qué odios sin ofensas, tanto mas perniciosos cuanto mas ocultos! Y si nó, ¿qué daños se siguen de estas solapadas enemistades?

¡Ah, mi Dios, y cuál está el mundo! Exclama el mayor Sábio y mejor desengañado Salomon: *Vidi calumnias, quae sub sole geruntur, et lacrymas innocentium, et neminem consolatorem.* (Eccl. 4.) Estoy viendo hervir las calumnias, los falsos testimonios, las imposturas, las deshonras: el que ayer tan honrado, ya caído; el que ayer con caudal, ya perdido: gime oprimido á las violencias el desvalido, y no le queda al inocente otro consuelo en su total desdicha que sus lágrimas. ¡Ah, mundo! Dichoso el que con la muerte se ha librado ya de tal vida, y mas dichoso el que no ha nacido á ver y padecer tanto tropel de desventuras! Pero si tantos caen sin saberse porqué; si tantos se arruinan, sin ver cómo alguna mano anda aquí, que por lo bajo mueve tan-

tas desdichas: ¿qué mano tan poderosa será la que así trastorna todo un mundo? Pues en verdad, que por mas que se esconda, yo la he de averiguar. ¿Y miren quien? un Salomón púsose á pensarlo despacio: *Rursos contemplatus sum:* Fué cotejando sucesos; fué atando cabos y halló el fin. ¿Qué es lo que halló? Ya lo dice: *Omnes labores hominum, et industrias animadverti patere invidiae proximi.* He advertido ya, dice, que no hace accion el hombre, ó ya sea de las que acaba la mas afanosa fatiga, ó ya de las que consigue la mas mañosa industria, que no esté patente á la envidia del vecino, del compañero, del de su profesion y de su oficio; ese es el que allí llama prójimo, dijo nuestro Cornelio: *Invidia enim est inter aequales, et ejusdem artis, figulus figulo invidit, faber fabro.* Bien está; ¿mas qué tiene eso que ver con las calumnias, los gemidos, las violencias y las lágrimas de que se acaba de lamentar? ¿Qué? Que esta es toda la causa de tantos males. *A calumnia, prosigue Cornelio, transit ad invidiam, tamquam ab effectu ad causam: invidus enim calumniatur facta alterius, ut ea obscuret.* ¿Pues qué os parece que esos mirones no hacen mas que mirar? ¿Aquel atisvar, aquel escudriñar, aquel averiguar, aquel notar, no pára mas que en eso? Pues ellos son los que destruyen, los que arruinan y los que pierden. ¿Por qué aquel cayó de la gracia del poderoso? Porque el otro mirón le armó el chisme. ¿Por qué á aquel oficial le quitan aun el trabajar en su oficio? Porque hay muchos veedores, que son veedores de la envidia. ¿Por qué aquel mercader titubea en el crédito? Porque no siendo tirano vendía, y le han levantado que quema á los otros, que porque ellos no venden se queman. ¿Por qué aquella pobre muger vive en un

infierno con su marido? Porque la otra vil ramera la ha puesto mal con él, por estafar ella. ¡Oh, qué prójimos tan perniciosamente enemigos! *Patere invidiae proximi.*

Arroja el Rey Darío á Daniel en un lago de hambrientos Leones, y cerrando luego el lago con una grande peña, lo sella con su Anillo Real. ¡Ah, tales diligencias! Si Daniel no podía subir un lago tan profundo, ¿qué importaba dejarlo abierto? ¡Y si ya seguro con un peñasco, para qué luego todo un Real Sello? Sin todo eso, ¿cómo podía escapar el miserable Profeta? No son para él esas diligencias, nos dice el Texto Santo, antes son todas en su favor: *Ne quid fieret contra Daniëlem.* Es porque no le hagan algun daño. ¡Hay mas extraña cosal Pues es muy bueno que lo dejan en el profundo entre Leones hambrientos, y en lo de afuera le ponen la defensa: cierre Darío de aquellos hambrientos Leones las bocas, que la boca del lago, antes es cerrarle del todo su escape. No lo habeis entendido, nos responde Darío, son los cortesanos de mi Palacio los que tiran á quitar la vida al Profeta, porque se les aventaja en la privanza; pues de su virtud seguro estoy que no se le atreverán los Leones; pero no estoy seguro de la envidia que desde fuera no le quitará la vida; pues quede entre Leones hambrientos, que menos fieros serán que Cortesanos envidiosos; que si de aquellos con quien vive no se libra, de las mas sangrientas fieras se escapa: tal es la enemistad que corre tan solapada entre los que son de un ejercicio, que gana en crueldad á la mayor fiereza.

Pero aun se extiende la enemistad entre los que se llaman amigos, y debiéndoles servir de escarmiento en Judas, á ese toman por ejemplar: *Verun-*

tamen, dice gravemente sentido nuestro Redentor, *ecce manus tradentis me mecum est immensa.* (*Lucæ. 22.*) La mano del que me ha de entregar está en la mesa conmigo. ¿La mano, Señor? ¿la mano? ¿Pues no está ahí en la mesa con vos Judas? ¿Cómo puede estar esa mano sola? Porque mientras pone la mano en el plato, está allá aquel maldito corazon en la venta. Pues, ¡oh, qué de manos de estas se juntan en la mesa, se besan en la calle, que no son mas que manos, cuando mas apartado está el corazon! *Ecce manus.* Mano para la bolsa, mano para la mesa, mano para la propia conveniencia, mano para conseguir; y en fin, manos de Judas para perder: mano de tinieblas para matar luces. De todos previno la queja sentidísima el Señor, por boca de David, (gran texto) al Salmo treinta y cuatro: *Quoniam mihi quidem pacificè loquebantur; et in iracundia terræ loquentes dolos cogitabant.* Hablan con amistad, muy dulces de palabras; pero mientras así están hablando, con una ira de la tierra están en el pensamiento trazándole zancadilla. Todo el texto estaba claro, si una palabra sola no fuera tan difícil: *In iracundia terræ,* con ira de la tierra. ¿Qué ira es esta? Si es por lo terrible, diga que con una ira del infierno: si es por lo fiero, diga que con una ira de demonio; aun es poca toda esa, dice nuestro Lorino, y por eso para significar la ira mas terrible, mas formidable, la llama ira de la tierra. ¿Pues cuándo vemos esta ira tan formidable de la tierra? Nunca, y en eso está lo mas terrible. Notad: los otros elementos se suelen declarar enemigos; el fuego, ¿quién no teme su cólera? ¿quién no la huye? El aire y el agua, cuando en esos mares se conjuran, ¿qué horror no ponen con su furia? Los navegantes lo digan, que aun antes de salir del

puerto ya los temen; pero á la tierra, ¿quién la teme? Nadie, es el elemento amigo, el que nos sustenta, el que nos carga. Pero hé aquí, que cuando así nos está favoreciendo, sin dar á entender nada, allá por lo mas escondido de sus senos, concebida su cólera de repente, ¡qué temblor! ¡qué horror! Todo se estremese; crujen los techos, se sacuden los edificios, bambalean las torres, y ¿cuántas veces ha dejado una Ciudad hecha un comun sepulcro? Pues esa es la ira de la tierra: *In commotionibus terrae.* Vuelven otros una ira solapada, que cuando menos lo pensamos nos derriba un elemento que, siendo nuestro amigo, cuando mas descuidados, nos arruina; pues esa es la ira mas temerosa; esa es en medio de la amistad la enemistad mas terrible: *Et in iracundia terrae loquentes dolos cogitabant.* Y si hay de estos enemigos tantos, ¿cuáles en fin son los enemigos que hoy nos manda amar Jesucristo? No sé si diga que á todos, pues aun los mas prójimos son los mas enemigos.

Ya, pues, con todos habla igualmente nuestro Divino Redentor; con enemigos declarados, y con solapados enemigos; con los que en lo interior ocultan rebozado el odio, y con los que en lo exterior declaran manifestar la enemistad; con los que aborrecen porque les hicieron agravios, y con los que sin haberles hecho agravio aborrecen: *Diligite inimicos vestros.* Y si en este amor consiste nuestra vida y estriva nuestra salvacion, triunfe ya en nuestros corazones el amor verdadero de todos nuestros prójimos, pues no basta con Dios aparentes ceremonias de solas palabras.

¡Oh, Soberano Dios de la paz! ¡Oh, benignísimo Dios de la clemencia! ¡Oh, Jesús amoroso, dueño de nuestros corazones! Si en esa Cruz, habiendoo

puesto el odio de vuestros enemigos así, nos estais enseñando á perdonar agravios, ¿cómo habrá corazon que se os resista, voluntad que no os imite, amor que no os obedezca? ¿Quién habrá que se niegue á vuestro precepto, á vista de vuestro ejemplo? Ya todos, mi Jesus, os seguimos; todos ofrecemos desde aquí el amor verdadero á cuantos nos han ofendido; ¿todos dije? ¡Oh, que no sé cuántos de mi auditorio se niegan todavía á conceder este amor tan noble! Pues apártense del número de los escogidos de Dios; sepárense del rebaño que en esta Iglesia tiene Jesucristo, y ya apartados esos desventurados, yo, mi Dios, mojado la pluma en esa sangre preciosísima de vuestro costado, escribo desde aquí en nombre de estos vuestros escogidos que me oyen, un general perdon. Díganlo conmigo los que quieran aprovecharse de esta sangre. Yo, Señor, en esos vuestros Sacratísimos Piés, dejo y depongo cuantos agravios he recibido, y cuantos en lo venidero me hicieren; yo os sacrifico todo el todo de mis sentimientos por víctima de vuestra honra; y desde aquí ofrezco de todo mi corazon la paz y el perdon á todos los que me lo pidieren, y propongo yo á los que he agraviado, y prometo recibir con todo el amor de mi alma á los que me han sido enemigos. Perdonadme, mi Jesus, con aquella piedad conque yo perdono: recibidme á vuestras brazos, como yo á los míos admito á los que me han ofendido, para que cuando desatada esté mi alma del cuerpo, y presentada á vuestro severísimo Tribunal, mis pecados me acusen, vos seias mi defensor, vos mi abogado: palabra me habeis dado de que me perdonarais si yo perdono; pues yo perdono, y con vuestra misma sangre lo firmo. Cristianos, ¿hay alguno que no quiera firmarlo así? Declárese, que

yo con esta misma sangre de Jesucristo firmaré desde aquí la sentencia de su eterna condenacion. Perezca el desventurado, perezca quien á Cristo le niegue la demanda tan justa, y aquella misma sangre que lo había de salvar, esa sea la que le condene: no halle piedad quien no la tiene: no consiga perdon quien no lo dá; no logre misericordia quien no la usa; caiga, caiga y prevalezcan contra él todos sus enemigos: quede su muger viuda, huérfanos sus hijos, y sus descendientes anden descarriados, pobres y mendigos; arruínese su casa, disípese su hacienda, y bórrese de la tierra el nombre: *Et desperat de terra memoria ejus, pro eo quod non est recordatus facere misericordiam.* Duren firmes en los archivos de Dios las memorias de todos sus delitos, para que cuando parezca en aquel espantoso Tribunal, sea juzgado sin misericordia quien no supo tenerla; y quien no quiso perdonar, salga de aquel Tribunal para siempre condenado. *Cum judicatur, exeat condemnatus.* ¡Oh! no permita, Señor, tu piedad infinita, que haya en este auditorio alguno ó alguna, que hoy quiera salir de esta Iglesia condenado, que se quiera echar sobre sí estas espantosas maldiciones de las Divinas Escrituras, por conservar en su corazon un odio maldito! sino que todos con veras de nuestro corazon firmemos este general perdon. Perdonamos, mi Dios, porque tú nos perdones: ofrecemos á todos nuestro amor, porque tú nos ames; admitimos á todos á nuestra amistad, porque tú nos recibas á tu gracia.

RECETA DE SALUD DE LAS TRES PRINCIPALES ENFERMEDADES
QUE SE CURABAN EN LA PISCINA.

Segundo Viérnes de Cuaresma, año de 1691.

In his jacebat multitudo magna languentium, caecorum, claudorum, et aridorum. Joan. cap. 5.

Erased en Jerusalén una prodigiosa Piscina, no en vano así llamada del comun, pues que aunque no tenia peces, parece que se pescaban en sus aguas los milagros, hallando en ellas todas las enfermedades, como de lance, la salud. *Probática* era el nombre de su oficio, porque no estuviese ociosa mientras no hacia milagros, que no habian de ser estos pretexto para excusarse del trabajo. Servían, pues, de ordinario sus aguas de lavar para sus sacrificios al cercano templo: y no por emplearse así en este ejercicio sus aguas, dejaban de atender al Cielo, de donde les venia su virtud. Todo lo juntó el Hebréo, llamándola *Bethsaida*, casa de misericordia: donde, sin omitirse diligencias humanas, asisten socorros divinos. Así sucedia allí; porque á tiempos no prevenidos, bajando del Cielo un Angel, movia invisiblemente las aguas; y á su alboroto, siguiéndose el alborozo en los enfermos, á toda pri-